LOS GRANDES Y LOS PEQUEÑOS

POR LUIS MELIAN LAFINUR

IMPRENTA "EL SIGLO ILUSTRADO"
DE GREGORIO V. MARIÑO — MONTEVIDEO
…IDA 8 DE JULIO NUMERO 23 — MCMX * * *

LEGISLATIVO
BIBLIOTECA

U861.3 M522g
e.2
0542361

LOS GRANDES Y LOS PEQUEÑOS

PUBLICACIONES DEL MISMO AUTOR

Las Mujeres de Shakespeare—1884.

Exégesis de Banderías.

Los Treinta y Tres.

Las Charreteras de Oribe.

Charla Menuda.

Sonetería.

Causa Política de Avelino Arredondo (dos folletos).

El Problema Nacional.

Ecos del Pasado.

LUIS MELIAN LAFINUR

LOS GRANDES

Y LOS

PEQUEÑOS

MONTEVIDEO

Imp. "El Siglo Ilustrado"

CALLE 18 DE JULIO, 23

1910

Algunas de las composiciones que siguen han sido escritas recientemente y otras hace algunos años; pero tienen todas, en conjunto, la unidad que les da el amor á la libertad y el odio al crimen, á la tiranía y á los prejuicios sociales y políticos. Esos sentimientos caracterizaron mi adolescencia, y lejos de debilitarse, se han robustecido en mi corazón, con los años, el estudio y la observación del mundo.

EL AUTOR.

LOS TREINTA Y TRES.

Todo en calma yacía
Y en tétrica amargura
En la feraz región do el Plata hierve
Y el Uruguay murmura!
Del Cuareim al Atlántico se oía,
En el letal sosiego,
El ¡ay! apenas del doliente esclavo.
Cenizas no más eran
De un abatido fuego,
La voz del libre y el ardor del bravo!
Sólo el sopor funesto interrumpía
Aterrador el Plata,
Si en el silencio sepulcral rugía
Con olas gigantescas
Al estrellarse su soberbia innata
Ante el enhiesto muro
De formidables rocas
Que de su resistencia por trofeo
La guirnalda ostentaban, que de espumas
Lanza el pampero entre borrosas brumas
Sobre Montevideo:
La sirena inmortal, diosa del río,
Que si airado contra ella se levanta,

Dócil después viene á besar su planta,
En sumiso homenaje
Cuando contiene su furor bravío
Y en lago trueca su revuelto oleaje.
La plaza de armas al llorar su afrenta
Huye la luz! Y el tenebroso día
No es menos cruel que la enlutada noche
Con embozadas nubes
De horrísona tormenta,
No tan dura cual la que azota al alma
De la Patria, que su luctuosa suerte
Por los minutos de su angustia cuenta.

Del Uruguay que en calma
Viene á bañar la occidental orilla
De la tierra que el extranjero humilla,
La argéntea linfa en su cristal espeja
Súbita una visión fascinadora,
Ruido al par se oye de eslabones rotos
Con furia atronadora!
Cede al punto el ingrato desaliento
De quietud enervante,
Cuando en el firmamento,
La luz de redención brilla un instante.
No el lábaro es falaz de Constantino,
Engaño de la mente fementida,
Sino una cifra con aliento y vida
Que en el cielo sin fin de la esperanza
La Gloria quiso en él ver esculpida
Con signos de oro y fuego

De prístina limpieza
En una aurora que en abril empieza.

Treinta y Tres es la cifra misteriosa
Que se lee en el espacio dilatado!
Y la mirada ansiosa
Del pueblo, con amor la ha contemplado.

La olímpica visión alentadora
No busca en las serenas
Y tibias tardes del ardiente estío,
Bajo un dosel de límpidos colores,
Animar triunfos sin esfuerzo y penas,
Sino que impele el temerario brío
Mostrándole á las huestes que dirige,
Broqueles destrozados,
Bajo el pavés los cráneos estrellados,
Lanzas con sangre de enemigos rojas,
Y para combatir, el mes elige
En que empiezan á caer mustias las hojas!

Un gladiador vencido,
Abiertas y sangrando sus heridas
Tras lucha desastrosa,
Es el pueblo uruguayo. Ha enrojecido
En las lides más duras y reñidas
Con sangre ¡ay! abundosa
Los campos de batalla;
Y en el bastión do alzábase radioso
El pabellón sahumado por la Gloria,

La aclamación estalla
Para el conquistador cuya bandera
Quiso alzar en sus alas la Victoria.

Efímera ella fué. Se cierra pronto
La herida abierta en el robusto pecho,
Cicatrizándose si hay organismo
Capaz de resistencia.
Recobrado el vigor, á un tiempo mismo
Sublime esfuerzo é intrepidez renacen
Con ímpetu mayor, más persistencia.
Ese fué el caso del heroico pueblo
Que, cuando se le daba
Amarrado al dolor de su impotencia,
Con su coraje dejó absorto al mundo,
Fuerzas sacó de su organismo sano
Que tres lustros de lidia no abatieron.
Tras feliz brega con el leon hispano
Otra vez á dormir sobre el escudo
Y á sus armas velar lo compelieron
La vil intriga y atropello rudo
Del audaz y ambicioso lusitano.

Y ora un novel Imperio
Que en serlo enloda al suelo americano,
Sobre su nombre arroja vituperio,
Y engarza aleve con traidora mano
Por joya principal de su corona
La tierra de los libres
Do el patrio amor frenético eslabona
Sobre una mole de oro y de granito,

Sarandí y el Rincón, aros fulgentes
Que en la cadena del honor enlazan
Renuevos florecientes
Al laurel de Las Piedras y el Cerrito.

La cifra portentosa
Se transforma en belígero estandarte,
Cuando despeja en redentor anhelo
El sutil nimbo de matiz de rosa.
El signo descender no ve del cielo,
Abstraído, el enemigo centinela
Que recorre el baluarte
Mientras en noche silenciosa vela.

Pero al nacer la aurora,
Siente al par de la diana triunfadora
Ruido de armas y voces de alegría
Que el sol saludan de oferente día.
En flamígeras alas raudo vuela
El eco de los gritos, repitiendo
Entre el aereo vapor de la mañana
La nota que surgiendo
Del Uruguay en canto rumoroso
Repercute en la playa más lejana
Impelida por viento proceloso.
La voz llega á otros ínclitos campeones
Que el sable afilan y la aguda lanza
Afanosos aprestan.
El clarín han sentido
Que los llama á la lid Ya suena la hora
De correr á la arena del combate;

La intrépida falange redentora
En cuyo pecho el entusiasmo late
Ha pisado la orilla
Por tanto tiempo ansiada!
La cifra ora no brilla
Con áureas letras en fulgente cielo!
Desciende de su solio diamantino,
Rasga al futuro su secreto velo,
Y el triunfo anuncia que fijó el destino.

Tienen ya junto á sí los inmortales
A todos sus hermanos!
Los Treinta y Tres son ora un pueblo entero,
Enjambre heroico de guerreros leales
Que aborrecen monarcas y tiranos.
La Patria los impele, la Esperanza
Muestra el verde laurel para sus sienes;
Su carro caprichoso
De múltiples vaivenes
La voluble Fortuna
Detiene ante ellos, y con voz sincera
«Confiad en mí», les dice:
Sahumada por la Gloria hay una cuna,
Y caduca, á una fosa se destina
Una insana ambición. La Cisplatina
Es la provincia que á la tumba baja,
Y de los pliegues de su ruin mortaja,
Entre constelaciones,
Surge en el éter luminosa estrella
Que muestra escrito en su soberbia frente

El decreto inmortal que hermana la unge
De las demás naciones!
Es la Patria Uruguaya
Que el hueco bronce atronador anuncia
Cómo en ser libre su derecho ensaya.

Y libre fué del extranjero yugo,
Y con su independencia delirante,
Augurio dulce acarició un instante
En que á la dicha sonreir le plugo.
Se dió sus leyes y ocupó su solio
Bajo el dosel del pabellón triunfante
En su reconquistado Capitolio.
Mas había el averno reservado
A la hidra impía de discordia horrenda
El campo abierto á su sangrienta ofrenda
En la Patria infeliz! Sucedió al brillo
De dulce paz en el regazo amado,
El siniestro fulgor con que el caudillo
Sus armas al blandir, dejó afirmado
Su predominio atroz. Séquito estulto
Su divisa aclamó. Fué pisoteado
El libro de la Ley con torpe insulto
Por el casco del potro que lanzara,
Cual huracán devastador, terrible,
Con ímpetu feroz la turba ignara.

La epopeya inmortal huyó al olvido
Y sus páginas de oro,
Con saña desgarradas, impelían

Al patriotismo á preguntar: «¿Valían
La pena los titánicos esfuerzos
De cuatro lustros de batalla ruda,
Para que como fin de lidia tanta,
En vez de su saneado patrimonio
De orden y libertad, el uruguayo
Sintiera la cuchilla en su garganta?»

El hálito del bien fué sofocado,
Y al patricio clamor la vocería
Sucedió, que de su caverna umbrosa
Hizo tronar la impúdica anarquía.
        Y recogióse luego
¡Ah! de Caín la herencia sanguinosa.
¿Qué móvil vendrá inicuo á usufructuarla?
Antes que el odio, es ambición aleve
La que nunca ha querido repudiarla!

¡Ah! cuando pienso que el progreso mueve
Su hercúleo brazo en el sagrado seno
De la fecunda paz! Que en ella solo
El rumbo cabe señalar sereno
Que lleva al poderío y la riqueza
Con blanda mano y porvenir seguro,
Veo envidioso á las demás naciones
Que al solio augusto de eternal grandeza
Ascienden por la fausta paz alzadas
Á las conquistas que á su sombra crecen!
La angustia infanda que mi pecho oprime
Sube á su colmo cuando miro ansioso
La languidez en que mi Patria gime

Si la comparo al auge portentoso
Que en el concierto de felices pueblos
Ostentan en su honor nuestros vecinos.
Con su cívico ejemplo nos condenan
Que ellos abren á próvidos presagios
La puerta que en la Patria el error ciego
Cerrara siempre al generoso ruego
De dulce paz, consoladora amiga!
¡Cuánto aliento de fuerza derrochado,
Que á preguntar con amargura obliga:
¿Suerte mejor á nuestro hogar no cabe?
¿Es menos fértil nuestra tierra acaso?
¿Nuestra raza inferior? ¿La agreste espiga
El sol no dora con el mismo fuego
Que brinda generoso á otras regiones?
¿El peso á nuestros árboles no agobia,
Como en el suelo que más rico sea,
Con el maduro y abundoso fruto
Que á dócil rama abrumador arquea?
Y en el campo con mágicos cambiantes
De color y de luz, siempre alfombrado
De trébol lujuriante y de gramilla,
¿No pace y multiplícase el ganado?
Y al que buscó la protectora orilla
Con el afán de su trabajo honrado,
De la miseria huyendo las crueldades,
En su tierra natal paria moderno,
¿No le dan nuestras ricas heredades
Su pan y fuego en el helado invierno?!

Apóstatas inultos no hemos sido
Ante el altar de inmaculada gloria!
Inconmovible y pura
Ella está ahí! Mas ¡ah! los vencedores
Del extranjero, no supieron serlo
De su propia pasión! Y cruel tributo
De pena hemos pagado, acerba y dura,
Al crimen de un edén haber trocado
En infernal mansión de duelo y luto!
¿Y nunca ha de cejarse del camino
De perdición que el ánimo extravía
Con insanía fatal? Adverso sino
Cien veces desgarró con mano impía
La tradición de honor. Mísero esquife
Que sin timón, la vela destrozada,
Corre á estrellarse contra altiva roca,
Tal ha sido arrastrada
La Patria al borde que el abismo toca!

Loor eterno á los héroes que volcaron
En los escombros de la Ilión derruida,
La piedra sobre que luego se alzaron
Las libertades á su nueva vida.
Explotó con violencia el patriotismo
Cual rayo destructor. Voraz la llama
Llegó rauda al vivac del enemigo,
Que tembló ante el incendio pavoroso,
Al par sintiendo que estupor, sorpresa!
El pueblo resurgió de su desmayo
Y la conquista vió como en pavesa
Aventóse el dogal del uruguayo.

Á la Patria inmortal sonrió la suerte
Cuando juraron en feliz aurora
Los Treinta y Tres « *O libertad ó muerte* ».
¡Ah! para engrandecerse ¿qué le falta?
Que en sus hijos se arraigue un sentimiento
Que hoy generoso al corazón no esmalta
Con los rosados prismas ni el destello
De luz que las conciencias ilumina!
La aspiración no existe que recoge
En un solo haz y en una sola idea,
El alma de la Patria, y la difunde
Con alto vuelo de intuición divina.
Si en el confín azul relampaguea
Esa alma, ve sutil el horizonte
En que se incuba la tormenta y cunde
Con horrendo fragor. A conjurarla,
La previsión del patriotismo santo
Basta, si late atrás un pueblo entero
Que sus iras le muestre al extranjero.
Mas si revienta asoladora y ciega,
        ¿Quién es que la detiene
En su impetuosa furia, cuando viene
Con el rayo traidor que otras naciones
Forjan si ven que el uruguayo pueblo
Su civismo en fraternas disensiones
Y su fuerza viril ha derrochado?
¡Ah! de la Patria el lustre
En la unión de sus hijos sólo estriba!
        La epopeya gloriosa
No se prestigia sólo con hosannas,

Alarde bullicioso de ardimiento,
Teatral declamación, palabras vanas,
Frases huecas que arrastra el raudo viento...
Para honrar nuestros ínclitos mayores
De aquellos tiempos de la pugna heroica,
 Debemos esforzarnos
En ser como ellos, cuando no mejores,
Y conservar lo que supieron darnos.

Los peligros que otrora aparecieron,
 De la ambición artera
Girando en el fragoso remolino,
¿Serán nubes por siempre disipadas?
Pluguiera á un hado amigo que así fuera!
Mas ¿quién rompe secretos del destino?
La América también tiene Polonias
Al sur y al norte: de ellas es la culpa.
Sin la discordia que agotó su nervio,
¿Quién á despedazarlas fuera osado?
¡Ay! irreconciliables las facciones,
No vieron que ofrecían alfombrado
De flores el camino á las legiones
Que el guerrero clarín á la conquista
Convocaba. ¿Los lares quién defiende?
¿Los patriotas do están? Tendió la vista
El enemigo; el militar arreo
No vió; el ruido de bélicos enseres
Tampoco oyó... tan sólo el clamoreo
Del vil sometimiento entre los hombres,
Y el llanto de vergüenza en las mujeres!

Seremos dignos de evocar la gloria
Que el labio impuro y fratricida llegue
A recordar, cuando á la augusta Historia
La tradición nefanda se relegue
De la guerra civil. Mientras su tea
Esté encendida en criminal intento
De cruel desolación, de muerte y ruina,
No cabe más insólita blasfemia
Que hipócritas laudar el sentimiento
De la Patria inmortal. Mas si contritos
Penitentes en cívicos altares,
A la impiedad del odio y la venganza
Renuncian los que adoran
En las guerras sus dioses tutelares,
Se puede acariciar dulce esperanza
De apasionar al pueblo por los dones
De la fecunda paz; que reclinado
De ella en el seno ubérrimo, el progreso,
Derrama á manos llenas bendiciones
Que traen de la opulencia con el peso
La fama y el poder á las naciones.

TENTACIÓN.

Me postro ante el santuario:
Contrito orar deseo,
Y acude temerario
Para turbar la paz del corazón,
El rayo de unos ojos
Que á veces me han mirado
Ni con piedad ni enojos,
Pero abriendo camino á la pasión!

Y el eco sonoroso
De un terrenal suspiro
Se acerca silencioso
Y en las venas la sangre me hace arder!
Á mi perdida calma
Se mezcla sin yo ansiarlo—
¡Condenación de mi alma!—
La forma escultural de una mujer!

Por más que lo quisiera,
Del pecho no la arranco,
La ráfaga postrera
De mi energía siento vacilar!
Se debilita el eco

En mí de castos votos,
Y con la mente peco!
Indigno soy de Dios en el altar!

Pero esa sombra vaga,
Pero esos ojos negros,
Esa visión que apaga
La luz de mi pasado y porvenir!
¿Por qué ¡oh! cielos me acosa,
Mi corazón remueve,
Y en infundir se goza
Tentaciones que no sé resistir?

Procuro yo alejarlas,
Mi voluntad inútil
No puede disiparlas
De la mente que sigue su vaivén.
Tormentos y cilicios
Mis carnes despedazan,
Mas ¡ay! son sacrificios
Que no me vuelven el perdido bien!

Brilla la voluptuosa
Silueta en mi retina;
Su sombra vagarosa
Desciñe sin pudor su veste ideal;
Arroja los adornos
Y exhibe con deleite
Sus mórbidos contornos,
Lúbrica imagen del amor carnal!

Las horas de delirio
En esta eterna lucha
Acerban mi martirio
Con la duda que horada ora mi fe.
Mi creencia socavada
Pregúntase anhelante
Sin religión sagrada:
¿Dónde su cielo mi esperanza ve?

Y la naturaleza
Que en mi alma adormecida
Á despertar empieza
Su eterna fuerza de mi vida en pos,
«Huye el umbroso abismo»,
Me dice, «y los furores
«De ese hondo fanatismo
«Que en ti forja una fiera contra Dios!

«Es una cárcel dura
«Tu lúgubre convento
«Que férrea ligadura
«Y argolla servil es de esclavitud.
«Da rienda á tu albedrío;
«Que crean los que adoran
«Su claustro negro y frío,
«Que rebelarse contra mí es virtud.»

Absorto el fraile queda!
Ya la razón, ya el miedo
Domínanlo. Remeda
Del ebrio abyecto el inseguro andar.

Su espíritu indeciso
Ya llora ó desespera:
No ve el rumbo preciso
Que debe á sus afanes señalar!

Al fin la lucha cruda
Su término aproxima.
Asoladora duda
No puede con su credo coexistir.
Y el puro ideal eterno
De femenil belleza,
Ve el fraile que al Infierno
Lo arrastra si se deja seducir.

Da su última batalla
Exhausto, irresoluto!
En su cerebro estalla
La tormenta: le salta el corazón!
Sujétanlo vestiglos
Que la ignorancia alienta
Desde hace veinte siglos,
Y el fraile cae, perdida la razón!

Levántanlo del suelo
Los monjes que allí acuden,
—«Quiero la luz del cielo»,
Clama, «mi celda es triste lobreguez»!
Su cara demudada
Revela la demencia:
Lanza una carcajada
Y vuelve á caer en muda estupidez!

El fraile enloquecido
Es víctima expiatoria
De Torquemada, ungido
Santo!... Espantable en místico disfraz!
Mas si esa sombra fiera
La mente aun enceguece,
Á su infernal hoguera
Ya nunca ha de llevar de leña un haz!

QUEVEDO.

«¿No ha de haber un espíritu valiente,
«Siempre se ha de sentir lo que se dice,
«Nunca se ha de decir lo que se siente?»

Así que mi alma á la amargura yo hice
De esas rimas en que teme Quevedo
Que el silencio cobarde se eternice,

Más hube de admirar su alto denuedo
Que ante la hipocresía no se humilla,
Ni tiembla ni se encoge por el miedo!

Satírico inmortal, su pluma brilla
Al fulminar la corrupción inmensa
Que todo lo que toca lo mancilla.

En acerado apóstrofe condensa
Su odio tenaz á la falange inmunda,
Reo que saca á la eternal vergüenza,

Y en la picota afrenta nauseabunda,
Cuando la piel le arranca su sarcasmo,
Azote cruel, pero lección profunda!

La carne flagelada en el espasmo
De su dolor, por el cauterio clama;
Y sólo cerca á sí ve el entusiasmo

Con que la muchedumbre al vate aclama,
Que mientras los demás ruines mentían,
De la verdad él encendió la llama.

Temblaron los que el látigo sentían!
La adulación plegó su labio impuro
Al ver que sus vilezas se exhibían,

Y en las tinieblas con secreto apuro
La codicia ocultó sus desazones
Y la insana ambición su afán obscuro.

El premio del honor por sus lecciones
Lo tuvo el gran satírico en seguida,
Atormentado en lóbregas prisiones

Que el fin aproximaron de su vida,
Tan grande en gloria como en dicha breve!
No era posible que una clase herida

En su orgullo, juzgase agravio leve
Vuelta verse en legión de fariseos
Que sólo á impulsos de lo ruin se mueve.

Si de Quevedo el fin colmó deseos
Del deshonor que se creyó vengado,
De su ignominia no absolvió á los reos,

Que del poeta el verso halos marcado
Con tan férrea presión sobre la frente,
Que su estigma los tiempos no han borrado.

Lastimosos por el hierro candente
Van los míseros tan envilecidos
Al tribunal de la opinión rugiente,

Que en vez de otros castigos merecidos,
Por pena sola, vense del desprecio
Del mundo entero siempre perseguidos.

¡Oh! satírico ilustre! Hablaste recio
En tu siglo, al mostrar la podredumbre
Del cortesano vil y el vulgo necio.

El valor te sobró cuando la lumbre
Quisiste hacer en la conciencia humana
Para tu edad de vicio y servidumbre.

Tu tiempo no entendió tu voz arcana!
Risa en el labio, y en la mente idea
De altivez y venganza soberana.

La nueva edad tu lucha gigantea
En todo su valor ha comprendido;
Mas duda ante lo que tu mente crea
Si sólo es carcajada, ó es rugido....

MAXIMILIANO.

Aventurero estulto y ambicioso,
Con el manto imperial caricatura;
Usurpador que abrió su sepultura
El patíbulo alzando sin reposo.

Bonaparte, el histrión facineroso,
Le ciñó una corona de amargura
Cuando lo fascinó con la impostura
De un Imperio perpetuo y poderoso.

En su orgullo la Europa no veía
Que un príncipe, de César disfrazado,
En América ya nunca cabría.

De Miramar por eso iba trazado
El paso que á Querétaro seguía
Quien buscaba la muerte ajusticiado.

TENTANDA VIA.

OBRERO

¿Por qué el obrero que á la lid se lanza
Del mundo vasto con virtuoso intento,
Y á la ruda labor su fibra inmola,
Afanoso al buscar su pan, no alcanza
    Ni una migaja sola
    Del festín opulento,
    Bajo el dosel servido
Del cielo inmenso en la llanura henchida
Con todos los deleites de la vida?
    A su labio sediento
    Tampoco nunca llega
El licor de promesas ni aun lejanas,
Para embriagarlo en la ilusión remota
De que habrá de venir el dulce instante
En que de aquel licor alguna gota
Fresca y pura, al surgir de fuente ignota,
Ha de apagar su sed febricitante!

LA SOMBRA DE LINCOLN

Hermano: no te mires, no, vencido
    Por el primer guijarro
    Que lastimó tu planta.

En la lucha la fuerza se agiganta,
Fiereza al oprimido
Da, y voluntad al que gimió abatido.

OBRERO

Desigualdad, nunca justicia veo,
Y egoísmo que empuja
De la concupiscencia el vil deseo.
Óyeme ya! Con sudorosa frente
El obrero el cimiento que eterniza
Al soberbio palacio,
Abre en día sin sol, crudo, inclemente!
La muelle alfombra en que su pie desliza
El potentado, y la brillante araña
Que sus luces difunde en el espacio
Del arte, abierto al lujurioso imperio,
Del menestral la obra
Son que horas de zozobra
Pasó para endulzar la dicha ajena!
Al terso espejo que el salón extiende
Y en superficie ideal su ámbito llena,
El cristal le ha bruñido
Y el marco le ha dorado
El artesano, á la obra hermosa atento;
Y si luego con plácida indolencia
Feliz el rico á la fatiga engaña,
Es buscando el reposo de un momento
En el blando almohadón que le ha bordado
Otro ilota cual yo, otro desdichado!

LA SOMBRA DE LINCOLN

Yo, como tú, vi el porvenir obscuro
Que me envolvió en sus nieblas más sombrías.
Yo, también como tú, fué con mis manos
Que la dura labor ha encallecido,
Que abrí brecha en los montes más lejanos,
    Allá cuando en mis días
Más duros, de pobreza y sufrimiento,
Mi hacha de leñador me dió el sustento.

OBRERO

Oye: no hay senda que al Paraíso lleve
    Del placer y el contento,
Ni nada el mundo mueve
Que del obrero no señale el rastro;
    Y en cambio nunca llegan
Los salarios, en la áspera jornada,
El llanto ¡ay! á enjugar en que se anegan
Ya el hijo tierno, ya la esposa amada
    Y si fuese tan solo
Esta pena la que mi alma agitase!
Pero el fantasma helado de mi muerte
    Que en huérfano convierte
Al niño débil, y á la madre en viuda,
    Dentro del hondo abismo
    De indigencia sañuda
    Con duelo cruel me aterra,
Y en mi sér fibra no hay que no sacuda.

¿Qué promesa en la tierra
Caber puede á mi pecho desolado,
Si aun la esperanza ante mis ojos cierra
Las áureas puertas de su Edén soñado?

LA SOMBRA DE LINCOLN

Al trabajo no robes un momento:
Él confortó las horas
De mi triste aislamiento,
Mostrándome, desde el cerrado monte,
Las más embriagadoras
Visiones en la luz del horizonte.

OBRERO

La caprichosa suerte
Quiso esmaltar tu senda
Con la flor inmortal de la esperanza,
Y colocó en tu tienda
De zapador predestinado y fuerte,
La guirnalda del triunfo,
Que el destino no alcanza
Jamás á dar como abundosa ofrenda.

LA SOMBRA DE LINCOLN

En la órbita inmortal de lo infinito
En que todos giramos,
La duda es la blasfemia,
O el angustioso grito
Del que sintió su corazón cobarde.

OBRERO

La indómita energía
Que en tus palabras arde
Admiro, y templa la amargura mía.
Ante tu fe mi pena no se postra,
Pero mi pensamiento se enardece
Y de un cruel sino la impiedad arrostra.

¡Oh! patricio inmortal, oye un momento:
No fueran tu virtud, tu noble intento,
Los que te dieran gloria en tu camino,
Si propicio destino
No meciera tu cuna.
Y de tu adolescencia el ardimiento
Que triunfos te ha brindado,
Fuera estéril si próvida fortuna
Con sus potentes alas
No te hubiese en su vuelo levantado
De tu choza de ruin techo pajizo
Al solio en que te viste colocado.

LA SOMBRA DE LINCOLN

Repudio yo el hechizo
Que hallas tú de mi vida en el sendero.
Hijo soy de mis obras, y no quiero
Que lo providencial, secreto y raro
En mi conciencia cívica se mezcle.
Siempre el deber preclaro,
Cual la verdad, fué de mis pasos guía;

Y lo mismo en los tiempos más penosos
De la existencia mía,
Como en los tempestuosos
En que con brazo fuerte
Del esclavo rompí cadena impía,
No halló mi pensamiento nunca valla
Que destruir no pudiera
Mi voluntad, lo mismo en la batalla
Desesperada y fiera,
Que allí donde la fuerza nunca impera
Mas da paso á la intriga y la mentira.
Acobardan los golpes y tropiezos
A los que en la primer escaramuza,
Si no salen ilesos,
A una airada deidad acumularon
Los males que sus bríos agotaron.

OBRERO

Si para ti no existe buena ó mala
Esa oculta deidad que desconoces
Ni ese arcano destino en que yo creo,
¿Por qué otro leñador cual tú no escala,
Al ruido de las voces
Del pueblo en su estruendoso clamoreo,
Esa cumbre inmortal de que resbala
Y se hunde en la impotencia
Tanta ambición tenaz y esfuerzo tanto
De la honrada consciencia,
Del patriotismo santo?

LA SOMBRA DE LINCOLN

Como flores que encubren precipicios,
Abnegación, deber, son sacrificios
Que se mezclan con lágrimas y gloria...
Ésta su mano se dignó tenderme
Cuando el pueblo, anhelando una victoria,
En mí vió el varón justo, el ciudadano
Que encarnaba su fallo soberano
Al levantar á una humillada raza
De la abyección más vil y servidumbre,
Al solio de igualdad donde se enlaza
La augusta Libertad con el Derecho,
Llamas que brotan de una sola lumbre;
Pero también me estaba reservado
Por la venda ¡ay! de un criminal delirio
Que enceguecíó á un malvado,
Ceñirme la corona del martirio
En el paso postrer de mi jornada,
Después que triunfador me vi aclamado.
¿Y cuándo fué que generoso el hado
Colmara con sus dones
El dulce encanto de mi hogar sencillo?
¿Cuando se levantaron los pendones
De infausta guerra, y con el sol el brillo
De sus armas las bélicas legiones
Mi vista obscurecían,
Y con creciente horror me atormentaban?
¿O cuando de aquel sol resplandecían
Los rayos que en el monte fulguraban

Y en el montón de leña
Que apilaron mis manos
Sus cambiantes de luz desparramaban
Por montañas y llanos?
Horas serenas de inefable dicha
Que después hasta mí nunca vinieron,
Son las de aquellos años juveniles
Que en callada quietud me adormecieron!

OBRERO

Y ¿por qué renunciar á tal halago
Para en horas febriles
Jugar la dicha de tu hogar tranquilo
De la contienda al fragoroso estrago?

LA SOMBRA DE LINCOLN

El deber señalóme en el combate
El puesto en que se sufre y se resiste.
No hay hijo, ni mujer, ni hogar existe
Cuando la Patria á su defensa llama.
Tu pecho en esperanza se dilate;
Cual se presente acata tu destino;
De él tu alma no reniegue
Con ira ciega ni rencor mezquino,
Y espera que te llegue
La hora de los éxitos sonados,
Que muchas veces son en el camino
Con lágrimas de sangre sollozados
Y con sangre y con lágrimas regados.

Mas graban en eterno mausoleo
Por mano de la Patria agradecida,
Que la inmortalidad no es devaneo
Cuando vivióse una abnegada vida.

1894.

CRISTO.

Si soy hombre, ¿por qué servil me adoras?
¿Que postrarse ante un hombre es ruin ignoras?
Si fuera Dios, ¿por qué me compadece
Tu amor, si un Dios no sufre ni perece?
Si escarnecido afirmas que yo vime,
El ser Dios de vergüenza me redime.
Si de hombre-dios me califica el mundo
¿Dónde es que tal engaño yo difundo?
Que por mis farsas reales y divinas
Mi sien la plebe coronó de espinas!
Y mi crucifixión sólo fué un juego
De que al resucitar, me burlé luego!
De tal serie de enjuagues el absurdo
Se presenta á la mente más que burdo!
¿Puede en un Dios caber el sufrimiento
Ni que padezca y muera en el tormento?
Y de verme mortal, yo uno entre tantos
Fuera gota en oceano de quebrantos;
Y no ofreciera mi dolor matices
Más crueles ¡ay! que el de otros infelices,
Tragados de maldad en el abismo
Que hondo cavó el nefario fanatismo.
¡Cuántos hubo en el potro, destrozados,

Á una saña feroz sacrificados!....
En la rueda crujir otros sus huesos
Sintieron al compás de santos rezos!
Desnuda virgen se vió á un poste atada
Para ser viva por infiel quemada....
¡Cuánta sangre inocente se ha vertido
Por fervor religioso fementido!!
Hora es de que la explotación termine
De un tiempo que en suplicios se define.
De haber sido yo un Dios, no consintiera
Al paganismo ser terrible fiera,
Ni que en pos de él viniese el cristianismo
Sus huellas á seguir con odio el mismo,
E insaciable también en sus rencores
La medida colmase á los horrores!!
Y si hombre hubiese sido, á buen seguro
Que contra mí se alzase ni un perjuro!
Porque fuera mi máxima terrena
Que nadie manda en la conciencia ajena,
Para ultrajar con criminal intento
La inmortal libertad del pensamiento.

1879.

ARNALDO DE BRESCIA.

La sombra de Abelardo ya se perdía
De los años que avanzan en el torrente,
Cuando Arnaldo de Brescia, por Lombardía
Alzó la frente.

El discípulo al maestro no le cediera
Ni en valor ni entusiasmo. Su pensamiento
A toda muchedumbre llegaba, y era
Resurgimiento,

De aquello que tiene granítica base,
La ciencia que rasga la nube de atraso
Y en cuna de flores el arte renace
Con fácil paso.

Mas debía de sangre tener su sello
Y por el martirio verse consagrado,
Y Arnaldo de su alma dió el postrer destello
Crucificado.

Fanático un Papa y un bárbaro fiero
El crimen cometen que baldón arroja,
Al Papa en barbarie lo pongo primero
Que á Barbarroja.

1878.

PRO PATRIA.

No lloran penas, ni infecundos goces
Son deleite al amado de los dioses
Que muere en su temprana juventud.
Menandro así lo dice, para gloria
De los que velan pura una memoria
Dentro del ataúd.

Oh! mancebo gentil! Cuán arrogante
Tú de civismo en un supremo instante
Retar quisiste arcano porvenir!
Por siempre te envolvió la eterna noche
De redención, ahorrándote el derroche
Penoso del vivir.

¿Qué secreto guardábate profundo
En sus abismos, insondable el mundo,
Para despedazar tu corazón?
¿Cómo propicio presagiar un sino
Que á la envidia cerrárale el camino
Del odio y la pasión?

El viento helado que en la tarde zumba,
Mustio no lleva á tu tranquila tumba
Los sollozos de un hijo en la orfandad,

Ni acongoja tu sueño, lastimera
Lágrima de enlutada compañera
En triste soledad.

No descendiste á mendigar mercedes,
Ni tampoco has caído entre las redes
De una beldad á tu cariño infiel,
Que llevase á tus labios en un beso,
No la dulce embriaguez del embeleso,
Sino la amarga hiel.

Caro doncel que entre guerreros sones
Diste un eterno adiós á los blasones
Con que el valor tu sacrificio honró!
Este epitafio que tu vida cierra
Es el más envidiable de la tierra:
«Por la Patria murió!»

1904.

LOS SEMI-DIOSES.

EL GENIO DE LA GUERRA

Antorcha soy y alumbro las ciudades
Que de flores alfombran mi jornada,
Penetra de mi genio la mirada
Del mundo entre las vastas soledades,
Y en el suelo que yermo otras edades
Estériles, dejaron,
Mis invictas legiones
En mi nombre levantan pabellones;
Y á pueblos que ante mí no se humillaron
Del mapa los borré de las naciones,
Y lancé airado mi corcel de guerra
A pisoteár la tierra
En que de libertad naciera el árbol
Ponzoñoso, infecundo,
Que su sombra letal brindaba al mundo.

CORO DE LOS PUEBLOS

Genio henchido de impúdico orgullo!
Nada iguala tu horrible cinismo
Cuando exhibes tu cruel despotismo
Como histórico insigne blasón;

Los imbéciles somos nosotros
Que regamos tu campo de gloria
Con la sangre más pura, que escoria
O carne es para ti de cañón.

Cuando se oye de novias y esposas,
De la madre y la hermana el sollozo,
De egoísmo en sarcástico gozo
Juzgas ese dolor baladí;
Y el hogar que gimió desolado
En la negra aflicción y en el luto
Sólo crees tú que paga el tributo
De la grey que se postra ante ti.

CORO DE SOLDADOS

¿Dónde hallaras belígeros triunfos
De tu atroz ambición inclemente,
La corona que ciñe tu frente
Con insigne verdoso laurel,
Do el poder de que abusa tu espada,
Si nosotros, impávidos, bravos,
Banda dócil de armados esclavos,
No quisiéramos ser tu escabel?

Con nosotros de César la estrella
Brilló un tiempo, esplendente, en la Galia,
Y esa misma en la lid de Farsalia
Expirante la Libertad vió.
La República un día otra fiera
Destrozó con su garra en Brumario,

Y á su arbitrio brutal y nefario
Las naciones en sangre empapó.

Pero ya no queremos más amos,
Ni á otros pueblos privar de sus fueros,
No anhelamos botín ni dineros
Conquistados en lucha desleal;
Nuestras armas son cívico escudo
Del Derecho y la Patria querida,
Y por ella daremos la vida
Pregonando su gloria inmortal.

EL GENIO DE LA GUERRA

Callad, turba menguada,
Que cuando no tenéis un amo duro
    Que os guíe cual manada
Que el pastor lleva hacia el arroyo puro
Para saciar su sed desesperada,
    Vaciláis en la vía,
Y sin hogar, ni pan, ni cierta huella,
Sabéis sólo llorar la ruin querella
Que conduce del hambre á la anarquía.
De esos extremos salvó á Roma, César,
Y de esos á la Francia, Bonaparte,
    Providencial el genio
    Pasea su estandarte
Del vasto espacio en el mundial proscenio,
    Y su obra duradera
    La recoge y admira
    La humanidad entera.

CORO DE LOS PUEBLOS

¿Qué herencia á César le debe Roma?
Aquellos monstruos que la ultrajaron;
Déspotas viles que encadenaron
A sus caprichos la humanidad,
Hasta que la antes ciudad altiva
Ebria bacante ya en fango y vicio,
Aceptó abyecta su sacrificio
Con resignada, torpe humildad.

Luego los Papas de poder ávidos,
Nuevos Tiberios. ó Dioclesianos,
Fueron corruptos, fueron tiranos.
Huyendo siempre fulgente luz,
Y en las tinieblas de sus horrores
El altar, trono de hipocresía,
Fué el solio impuro do se esgrimía
Entre puñales sangrienta cruz.

Y Bonaparte como una ráfaga
Pasó que el ámbito llena un momento,
Sin que el empuje, rudo, violento,
De su alevosa furia febril.
Deje memoria que no sea triste
De iniquidades un sueño vago,
Que horror evoca por el estrago
Que hizo en la tierra su planta vil.

EL GENIO DE LA GUERRA

Del polvo de los héroes que electriza
A la inconsciente y móvil muchedumbre,
De su augusta ceniza
Ha de surgir radiante
La inextinguible lumbre
A cuyos rayos la memoria evoca
Las glorias que el pasado reverbera
Cuando el presente toca,
Helado por la atmósfera de miedo
Que se dilata en la vulgar esfera
Donde el insigne honor y alto denuedo
Se toman por miseria y por quimera.
Ha de reaparecer potente el César
Que escogiendo las razas más viriles
Al grito portentoso
De marcial osadía,
Las arrastre á vencer pueblos serviles,
En la paz y alegría
Contentos de su suerte,
Que vida no es sino sueño de muerte.

CORO DE VÍRGENES AMERICANAS

Luce la aurora de un nuevo día
En pos de noches de servidumbre;
Del Alleghany dora la cumbre
Rayo el más puro de ardiente sol;
No empalidece, cual tenue lampo

¡Besa los Andes, los acaricia,
Y les derrama su áurea primicia
Bajo cendales mil de arrebol.

Puro al rocío, de matiz rojo
Ora no tiñe la sangre hirviente;
En sus suspiros bebe el ambiente
Sus perlas diáfanas como cristal,
Y ya no tronchan con cargas fieras
En el desierto del campo vasto
A la flor alba que esconde el pasto,
Los escuadrones cual vendaval.

El César duerme su noche eterna,
Viles esclavos velan su sueño,
Y un mundo alienta de un solo dueño
Que es uno solo, y es multitud:
Tiene sus héroes: Washington, Sucre,
El pueblo es amo, y ellos soldados
Sin impurezas, acrisolados
Entre las llamas de la virtud.

Ellos el polvo morder le hicieron
A los campeones que lanzó Europa:
Y no hirvió espumas dorada copa
Para los reyes: en el dintel
De su derrota, secos los labios,
En vez de néctar, negro veneno
Reventó el caos que abrió su seno
Para aplacarles su sed con hiel.

Madre América! Oye: Europa enferma
Se desmorona como una ruina,
Clavada lleva punzante espina
Y vacilantes sus pasos son,
Las multitudes de las entrañas
De un volcán surgen; terrible lava
Brota del cráter de odios que acaba
En los estragos de la explosión.

Abre los brazos! Llaman tu puerta
Los que han dejado su hogar remoto
Y que sus lazos de patria han roto
Y buscan otra soñandote.
Huyen de Europa la atroz miseria,
A ti se allegan y pan te piden,
Tu exuberancia de vida miden
Y á tus pies rinden su nueva fe.

EL GENIO DE LA HISTORIA

Alcen los pueblos la soberbia frente
Sin semi-dioses que servil lisonja
        Genios providenciales
Llama siempre, borrando con la esponja
Del olvido, sus hechos capitales
De crimen y maldad al encumbrarlos
Por efímeros triunfos. Para todos
Ha llegado y serena ha de juzgarlos
Esa posteridad que nunca engaña.
No hablaré de los monstruos sentenciados

Ya por mi augusto tribunal; mas quiero
Con mente fría, sin pasión ni saña,
Hablar del postrer César. Él mantiene
Su obra nefanda en luz harto indecisa
Por su férreo prestigio de soldado;
Y en póstumo homenaje nuevo yugo
Quiso aceptar la Francia infortunada
Cuando demente renovar le plugo
La diadema imperial, que degradada
Cayó á los fosos de Sedán un día
De humillación, en la derrota umbría.

Águila audaz, de garra prepotente
    Que su presa buscaba,
    Y que estrecha encontraba
De su isla nativa el patrio ambiente
    Para su inmenso anhelo
    De remontar altiva
De la gloria inmortal al alto cielo,
Luego de echar su vista inescrutable
En tierra abierta á su codicia ardiente
Al viento rudo que meció su nido
Le pide que con rumbo al continente
    Ayude el atrevido
Designio que acaricia persistente.
El huracán su horrísono rugido
    Hizo tronar al punto
    Y el águila sus alas
Batió para fundirse en el conjunto
    Del bramido estridente

Que envolvió en un momento
La tierra y mar al son del bronco viento.

Atravesando negras tempestades
El águila su vuelo al fin detiene,
Y el suelo codiciado
Por presa, le brindó gloria, renombre,
Para que al mundo asombre;
Su garra reveló en Lodi y Arcola,
Pero una presa sola
Del águila rapaz fué ambicionada:
La Libertad que vióse encadenada,
Por Bonaparte en todo un hemisferio!

Traidor á la República tú alzaste
Sobre sus ruinas un fugaz imperio.
¿Qué valieron los triunfos
Con que un día soberbio te mareaste
De la lisonja vil con el sahumerio?
Hundirte en el abismo
De tu atroz, infecundo despotismo,
Para que fuera la final escena
De tu ominoso drama,
El frenesí infernal que tu alma llena
Amarrado al peñón de Santa Elena.

¡Oh! tigre carnicero
Que una sangrienta arena
De toda Europa hiciste!
En tu orgullo feroz no comprendiste
Que pueblos azotados
Por tu cruel tiranía,

Fueran después los pueblos sublevados
Que te hundirían en oprobio un día!
El de Daoiz y Velarde
Fué el primero que dióte lección ruda,
Y luego heroico el ruso
En condición te puso
De que quedase muda
Tu vil soberbia en su ostentoso alarde,
Cuando huyendo buscabas en la nieve
El sol de la mañana y de la tarde!
Fué del cosaco la terrible huella
La que encontraste prófugo, vencido,
Al eclipsarse tu maldita estrella.

¡Oh! impúdico tirano
Que hollaste pueblos, libertad y leyes,
Los lauros que arrancaste tú á los reyes
Á tus duras derrotas no equivalen,
Que los viejos cañones
De Austerlitz, Eylau, Jena,
Si para alzarte una columna salen
Del parque en que guardabas los trofeos
De tu imperial leyenda sanguinosa,
También pueden los pueblos libertados
Que á Waterloo mandaron sus soldados
Para final castigo á tu osadía,
Levantar de Vendomme otra columna
Con aquellos cañones desmontados
Que perdiste ese día,
Última etapa á tu extertor que empieza

Cuando de un pueblo la pujante hazaña
Se iniciara abatiendo tus pendones.
Y exaltado por cívicas pasiones
En Bailén tu soberbia escarmentase
Hasta que el fuego de Moscou sellase
La fecha de tus crueles expiaciones,
 Para que así abortase
El designio infernal de á tus cadenas
Sujetar á los pueblos y naciones.

 ¿Qué le debe la Gloria
Al empuje fugaz de tus legiones?
El odio de los pueblos que asolaron
Ellas siguiendo tu bridón de guerra:
Que en París los cosacos vivaquearan
Cuando á Francia vencida escarnecieron,
Y todas sus fronteras retacearan
Y todas tus conquistas humo fueron,
Así que Europa al verse redimida
El hosanna entonaba en recio coro
Proclamando de Francia el vil desdoro;
Y por mayor vergüenza de tu historia
Llegó á servir tu tradición más tarde
 Para aquella irrisoria
Resurrección en tono joco-serio
De ti, que se llamó segundo Imperio!
 Servil caricatura
 Que por analogía
 De tus secos laureles,
Sigue el mapa de Francia compendiando.
Las fronteras del Rhin, tú las perdiste,

De la Francia el baluarte más temido.
 Y para no ser menos
El mono que imitarte había querido,
 La Alsacia y la Lorena
Perdió al par de su trono carcomido
Por las aguas corruptas que en la orgía
Imperial arrastró en su lodo el Sena.

Eso merecen, nada menos que eso,
Los pueblos por un César deslumbrados.
Y el mentido, idolátrico embeleso,
De rauda gloria, y tras su eclipse nada,
Sólo deja un recuerdo doloroso
De sangre, de exterminio y de matanza
Que se vuelve fantasma pavoroso,
 Nemesis implacable,
 El día en que la venganza
 Rugido formidable
De execración contra el vencido lanza.

1885.

EL GAUCHO.

I

Es el centauro bravío
Que en el Río de la Plata
Todo lo extremo retrata:
Ora lo justo ó lo impío,
Lo radiante ó lo sombrío,
De que está su pecho lleno.
Por desgracia, al gaucho un freno
En sus pasiones feroces
Aun no le han puesto los goces
De un hogar dulce y sereno.

II

Hubo en su mirada mucha
Luz profética. Un instante
La democracia anhelante
Se alarma; el rumor escucha
De que hay traición en la lucha
Por la igualdad y sus fueros.
Son los gauchos altaneros
Los que la escudan entonces;
Más que mármoles y bronces
Son sus hechos duraderos.

III

Envuelven los monarquistas
Á los pueblos en sus redes,
Para ofrecerles mercedes
De engañosos alquimistas,
Siendo sus míseras vistas
Por otro un amo cambiar,
Sobre un trono el nuevo alzar.
Rechazó el gaucho uno y otro,
Y logró, erguido en su potro
La democracia salvar.

IV

El gaucho es ya la leyenda
Que se esfuma en lontananza,
Donde el pasado se alcanza
Evocando la contienda
En que el gaucho dando rienda
Á su albedrío y pasiones,
Se contó entre los campeones
Del día de la batalla.
Que él entre el humo y metralla
Sabía enlazar cañones!

V

De su Patria, furibundo
Defensor fué. Desde el rancho
Contempló que era el más ancho

Teatro á su ímpetu iracundo,
Redimir con sangre un mundo
En el campo de pelea;
Y sin ninguna otra idea
Más que la de su albedrío,
Confiado en su agreste brío
Corrió á la lid gigantea.

VI

Reta el gaucho al leon ibero
Con decisión. Y da el grito
Que en Las Piedras y el Cerrito
Repercute. El eco fiero
Del mismo clarín guerrero
Oye luego el lusitano.
Y al imperio americano
En Sarandí y otras lides,
Lo atropellan nuevos Cides
De aliento republicano.

VII

Deja su rancho de barro
El gaucho; que eso le exige
La Patria. Poco lo aflige,
Que al azar, como un guijarro,
Queda con solo un cacharro,
Un mate y una bombilla,
Su china, buena y sencilla,

Que cuando á su adiós responde,
Procura enjugar y esconde
El llanto que en su faz brilla.

VIII

—No quieras por otra alguna
Dejarme. Por ti, ella dice,
De mi hogar abandono hice
Cuando al rayo de la Luna
Sin vacilación ninguna
En una noche de enero
En ancas yo de tu overo
Con mi súbita partida
Dejé á mi madre afligida
Porque soy tuya y te quiero.

IX

—Ah! china de mis encantos!
¿Cómo olvidarte podría?
De ti todo me hablaría
Con los recuerdos más santos!
En triste hora de quebrantos
O en días esplendorosos
En que entreveros gloriosos
Diesen lustre á mi bandera,
El viento traeríame entera
Tu alma envuelta en tus sollozos.

X

Así, sin remordimiento
Por la mujer que dejaba,
Todo el gaucho abandonaba
En aras de un sentimiento
De aventura y de odio cruento
Hacia un régimen que ignora
Si su carácter desdora.
Se alza y muere como un bravo
Pretendiéndose un esclavo
Que á la Libertad adora.

XI

Cantando su independencia
El río Uruguay y el Plata,
De ambos la extension dilata
Tumultuosa efervescencia;
Y cuando con turbulencia
Del Plata azotan las olas
La orilla do el gaucho á solas
Guirnaldas sueña en su frente,
Se las ciñe espuma hirviente
Con argentadas aureolas.

XII

Por el triunfo consagrado
Su bélico ardor glorioso,

En vez de buscar reposo
Á su vida de soldado,
Se le ve que descarriado
De nuevo su potro abreve
En el Uruguay, y lleve
Sus entusiasmos viriles
Á las contiendas civiles
Que el caudillaje promueve.

XIII

Á la Patria salvó un día
Para al siguiente afrentarla,
En miserias enfangarla
Y en la garra inmunda, impía,
Del caudillaje, á la orgía
Lanzarla del odio y crimen.
Y de la muerte en el limen
Ponerla cuando, sombrío,
Desborda de sangre un río
Y madres y esposas gimen.

XIV

Torna imposible el caudillo
La libertad. Y el Progreso
De la guerra en el exceso
Pierde su fecundo brillo,
Muere al filo del cuchillo
Civilizador ensayo,

Y la pasión forja el rayo
Que fulmina como á fieras
Generaciones enteras
Del pobre pueblo uruguayo.

XV

No hay para el caudillo hermanos
Sino amigos ó enemigos!
Éstos para los castigos
Más terribles é inhumanos,
Y aquéllos para las manos
En contienda fratricida
Empapar en la homicida
Sangre del pobre caído,
Que para el gaucho el vencido
Tiene pena de la vida

XVI

Por más horror, en chircales,
En los montes y las sierras,
En enarenadas tierras,
Por ríos y tremedales,
Se oyen cantos sepulcrales
Cuando en la noche callada
Á la bóveda estrellada
Se mezclan místicas luces,
Que fulguran en las cruces
Que clavó piedad sagrada.

XVII

Se oye el fúnebre concierto
De la soledad umbría;
Zumba el viento la elegía
De las noches del desierto.
Y todo anónimo muerto,
De cada árbol en las hojas,
Llora punzantes congojas
Como espinas de los talas,
Y de las tumbas son galas
Margaritas albas, rojas!...

XVIII

No hay una mata de pasto
En la alfombra de gramilla,
Ni flor del campo sencilla
En el escenario vasto
De esmeralda, que nefasto
El desolado alarido
No memore de un herido
Que el vil carancho acechase
Y la agonía le infernase
Con su lúgubre graznido.

XIX

Corazón que el odio inflama
Con fratricidas rencores,

No sabe que en los horrores
Con que á la Patria, ¡ay! infama,
Cuando á la fuerza proclama
Árbitra de su derecho,
El concepto más estrecho
Le da á su causa si es buena,
Y si es mala la condena
Más su criminal despecho.

XX

Al gaucho desorientado
Son los impostores ruines
Los que lo arrastran á fines
En que él no hubiera soñado.
Pero el tiempo lo ha domado:
Sus garras perdió la fiera,
Y la estulta montonera
Por sí misma se deshace:
Polvo que en la tumba yace
De la barbarie postrera!

XXI

¿Qué hay en el que impele ciego
Hacia el crimen de la guerra
Al pobre hijo de la tierra
Digno de lauto sosiego?
¿De infernal locura el fuego?
¿Monomanía homicida?

¿Desprecio á la ajena vida?
¿Amor al incendio aciago,
A la violencia, al estrago?
¿Gozo en la sangre vertida?

XXII

¡Cuánta lágrima se llora
En cada infame alzamiento!
¡Cuánto hogar el sufrimiento
Hasta las heces devora!
¡Cuánto destruye y desdora
La lidia que tala y quema!
El que la impulsa blasfema
Contra lo que hay de más santo!
Reciba por crimen tanto
De la Patria el anatema.

HASTA MORIR!

No es del tranquilo lago azul la calma
Con su linfa adormida en el misterio,
Sometida al imperio
De dulce languidez,
La que cuadra á los tiempos borrascosos
Que de batalla son campo infinito,
Y en que de lucha el grito
Ariete es á la vez.

El bramido se anhela del oceano
Si su encrespada cólera dilata,
O el rugido del Plàta
Cuando en febril ardor
Empujado por el raudo pampero,
Con el mar bronco rivaliza en brío
Y como él es bravío:
Como él hierve en furor!

Las tormentas que zumban por el suelo
Estremecido de la vieja Europa,
Con su colmada copa
De tósigo mortal,

Envenenan las enlutadas nubes
Que descuelgan su fúnebre ropaje
Cual negro cortinaje
De oscuridad fatal,

Sobre América ansiando que entre horrores
Expire el sol de su fulgente día
Que en ella es lozanía
Y alegre juventud.
La espantan con sus tétricos problemas
Que como de un volcán las erupciones
Revientan maldiciones
Contra la multitud

Que los falsos profetas extravían
Con la visión de un porvenir sombrío,
Mas tal presagio impío
Lo niega la razón!
Sin reyes ni la estúpida insolencia
De una degenerada aristocracia
Alza la democracia
Su incólume blasón.

Y el pecho leal de muchedumbre inquieta
Que en la Patria sus ojos tiene fijos,
Futuros regocijos
Alcanza á presentir,
Y confía en los rumbos que serenos
Marca el tiempo á los pueblos que encamina
Así que les destina
Gloria en el porvenir.

Mas para acariciar visión radiosa
En la próvida zona del progreso
Y no caer bajo el peso
Del derrumbado altar
De la esperanza marchitada en germen,
Es fuerza que la voluntad se agite
Y el corazón palpite
En ansias de luchar.

Luchar hasta morir! Luchar por siempre!
En el campo de honor de augusta idea:
Allí do centellea
Sembrando destrucción
La voz ardiente del tribuno austero
En escritos y arengas calurosas,
Para romper odiosas
Trabas de la opresión.

A la desigualdad estulta ¡fuego!
Y ¡fuego! á los orgullos nobiliarios
Otrora tan nefarios,
Presa hoy del mercader!
¡Fuego! al abominable oscurantismo
Que del niño hace estólido un muñeco
Y un organismo hueco
De crédula mujer!

En la brecha de pie, bravos soldados
De la cruzada audaz del pensamiento!
Vuestro ímpetu violento
Cual despeñado alud,

Nada detenga, hasta que al fin sonría
El porvenir sin nubes, sin alarmas,
Y entonces vuestras armas
Se truequen en laúd,

Que ha de templar el bardo que aun espera
Para que el himno de sus glorias cante
La América, gigante
De una futura edad
Que, sañuda, al romper los áureos cetros,
Rumbo á la humanidad fijó luciente,
Con levantada frente,
Con férrea voluntad.

Es para descansar tu helado lecho
Asaz reposo, eternidad sombría!
Y hasta ese arcano día
¡Luchar! que es redimir!
Luchar si en el cerebro hay una idea,
En la pupila luz y ánimo osado,
Que clame denodado
¡Luchar hasta morir!

1886.

FRANCISCO FERRER.

Las víctimas tendrán siempre en mi lira,
De piedad y de amor férvida nota;
El infame opresor sólo le inspira
La indignación que de sus cuerdas brota.

Los cortesanos cantan la azarosa
Vida del César en campañas fieras;
Y aun con abyección más vergonzosa
Descienden, adulando, á otras esferas

En donde ensalzan á soberbios reyes
Que jamás por su cetro batallaron,
Sus hazañas contándose por leyes
Que á su orgullo feroz sacrificaron.

Los pueblos en su cólera tremenda
Saben hacer pavesa de los tronos.
No afrontan los tiranos la contienda
Y tiemblan cuando rugen los enconos.

No quedará, no, impune el asesino
De Ferrer, si hay un pueblo todavía
Que, árbitro augusto de inmortal destino,
Odie, so el manto real, la cobardía.

¡Pueblo español! Las sombras de Lanuza,
De Padilla, de Daoiz y de Velarde,
No hallarán para ti ninguna excusa
Si del postrer Borbón el trono no arde.

1909.

HEREDIA.

«¡Niágara poderoso!
«Adiós! Adiós! Dentro de pocos años
«Ya devorado habrá la tumba fría
«A tu débil cantor! Duren mis versos
«Cual tu gloria inmortal! Pueda piadoso
«Viéndote algún viajero,
«Dar un suspiro á la memoria mía».

Del Niágara ensalzando la grandeza
Fué una funérea y cruel melancolía,
Sombra constante en el fatal sendero
De tu edad juvenil, acibarada
Por el amargo pan del desterrado,
La que en tus labios la esperanza puso
De no ser olvidado.
Tu corazón confuso,
Viera lo porvenir si acerba duda
De tu perenne loor lo hubiera herido.
¿Mas quién jamás podría de su mente
Borrar tu canto excelso?
¡Ah! más que la fragosa catarata
Él vivirá! Tu nombre esclarecido
Con ella por el mundo se dilata.
Es «El Cantor del Niágara», profiere

La augusta Fama con su trompa de oro
Cuando nombrarte sin tu nombre quiere.
¡Poeta americano!
¡Esa es tu verde palma
Mientras se hable y se piense en castellano!

Podrá crujir la tierra
Rebramando en abismos cavernosos,
Abrir sus fauces antros tenebrosos
Al rugido infernal del orbe en guerra
Dentro de sus entrañas!
Podrá el aborto de hondo cataclismo,
El Boreal Hemisferio socavado
Desbordar mares, sacudir montañas
Y dislocar podrá con rabia fiera
La región en que halló soberbio asiento
La maravilla que inspiró su acento
De majestad á tu sublime lira!....
Pero aún así, jamás inerte olvido
Que de la ingratitud al borde gira,
Ajará con desdén indiferente
Tu inmarcesible gloria
Que crece y se difunde
Más que en la voz del colosal torrente
En tu estrofa viril. Y si al suspiro
Del viandante entregaste el puro anhelo
De un recuerdo piadoso,
Tú lo alcanzas sincero y caluroso;
Que ante el raudal amenazando estrago
¿Quién no vertió una lágrima

Por tu destino aciago?
Yo el más débil y humilde
Entre los que tus versos admiraron,
Al acercarme á la glacial cascada
En ti pensé cuando sentí su trueno,
Y más próximo aún, cuando la helada
Lluvia azotó mi faz con nívea espuma
Al surgir de la nube en torbellino
Incubada en la furia que despeña
El hirviente caudal de agua que choca
Corriendo audaz por intrincada breña
Contra la mole de impasible roca.

Yo memoré las cuitas
De tu amor desolado,
Y no olvidé tus penas infinitas
En el Calvario del extraño suelo
Con la cruz del exilio atormentado!
Y el horror santo que alimenta mi alma
Por inicuos tiranos
Y sangrientos verdugos,
Lo volqué con tremendas maldiciones
Sobre los que tu inmaculado nombre
En el libro de infames proscripciones
Sañudos inscribieron.
¿Por qué tanta crueldad? Siempre al civismo
Los déspotas con rabia persiguieron!
¿Quién los recuerda ya como no sea
A la picota expuestos, que la Historia
Alza para amarrarlos? Miserables!
De tu patria y hogar te despojaron,

Pero rodando fueron al abismo
Que por sus propias manos se cavaron!
Sus nombres execrables
Cuentan apenas el honor del crimen
En que feroces su pasión saciaron.
Y tú eres inmortal! El tiempo corre
Y tu fama con él pura se extiende.
El mundo de las almas escogidas
Tus lágrimas comprende,
Y refulgen tu vida y gloria unidas
En la llama eternal que tu estro enciende!

Niágara Falls—1910.

LA MUJER DEL PESCADOR.

Soberbia, rauda barquilla
Se balancea á toda vela,
Y rastro níveo la quilla
Deja en su plateada estela.

Indomable movimiento
Túmbala en el mar que ruge;
Cimbra el mástil rudo viento
Y el casco sin cesar cruje!

La angustiada compañera
Del pescador suelta el llanto
Cuando á la nave ligera
Cubre de la bruma el manto,

Y al hijo amado que abraza
Con embeleso materno,
Le dice:—Un marino en casa
Basta á mi dolor eterno.

—Que mis pesares ahorre
No quiere tu padre, duro;
Desalado y ciego corre
Tras un abismo seguro.

Quiero de ti la promesa
De que nunca el mar impío
Tendrá seducción aviesa
Para arrastrarte, hijo mío!—

Cuando á la madre doliente
La pena intensa labraba,
La herida el adolescente
Más ahondó, pues replicaba:

—Nada sé de lo que el mundo,
Madre, me haya reservado:
Sé sí que un antro profundo
Más es que el mar por ti odiado.

¿Y á qué, entonces, madre, lloras,
Si arrastrado en la corriente,
Siempre verás que mis horas
Consagré á la lucha ardiente?

Rugido de mar que espanta
Con hirvientes tempestades,
No tiene, no, saña tanta
Como la tierra maldades.

Para combatir prefiero,
Del mar con los roncos sones
Arrullarme, que oir el huero
Ruido de viles pasiones.

Y si en la batalla ruda
Me todase caer postrado,
Vale más la tumba muda
Del seno del mar salado,

Que festín ser en la tierra
Del gusano que anhelante
Invade el ataud que encierra
La corrupción repugnante.

Si es bregar ley de la vida,
Para soldado he nacido;
El campo de lid reñida
No soy yo quien lo ha elegido.

—Lágrimas de acerba angustia
Creí haberlas agotado,
Cuando me postraba mustia
Tu padre al ver embarcado.

Por él vivo sin reposo,
Que su fin triste presumo,
Y tu futuro radioso
Se desvanece cual humo.

Tú pelearás con las olas:
Un capricho á ello te impele;
Deja, en tanto, que yo á solas
De mi pena el llanto vele.

Al bramar con rudo viento
La tempestad bronca y fiera,
De un tenaz presentimiento
Soy la víctima primera,

Que con pavor siempre el mismo,
La cruel visión me intimida
De un bajel que en su hondo abismo
La mar traga embravecida.

BRUTO.

De Bruto honrando el venerable nombre,
Exclamó Marco Antonio: «Este era un hombre!»
Con frase propia de su heroica edad.
Eso dijo ante el cuerpo del romano
Que al suicidio acudió cuando en su mano
No estuvo defender la libertad.

No era á él la suerte de su Patria ignota!
Desde Filipos en la infausta rota,
Luctuoso miró y negro el porvenir!
El tósigo letal del cesarismo
Infiltrado en el pueblo; el despotismo
De muerte á Roma para siempre herir.

En un terrible pavoroso ensueño,
En que el ánimo es sólo aflicto dueño
De una infernal y tétrica visión;
En un supremo y desolado instante,
De Roma las angustias vió delante
En su desgarradora sucesión.

Vió de Cleopatra en los amantes brazos
A Marco Antonio, ya rotos los lazos

De dulce Patria en el desierto altar.
Y del lúbrico ardor en el exceso,
De la egipciana en el candente beso
Fundir toda su gloria militar.

Vió en su marcha triunfal la tiranía:
Que á la blanda la horrísona seguía!
Ambas de igual cadena un eslabón.
Después de Augusto, con su suave Imperio,
Allanando el camino el cruel Tiberio
A Calígula, á Claudio y á Nerón!

Vió á la austera Moral con una venda,
Y al Vicio recorrer su alegre senda
Con la purpúrea clámide imperial;
Que si Julia agotada se reclina,
No fatigó jamás á Mesalina
El goce de la inmunda bacanal!

Entrevió en la molicie con que Augusto
Sustituyó aquel régimen adusto
De la antigua República y la Ley,
El germen de los monstruos de demencia
Criminal, que hundirían sin clemencia
En sangre y deshonor la abyecta grey.

Y mientras vierte Ovidio acerbo llanto,
La tristeza que es numen de su canto
Para implorar el imperial perdón,
No arranca á sus amigos un consuelo!
El miedo infame y suspicaz recelo
Del alma alejan toda compasión.

El César terco, á la piedad rehacio,
En la lira inmortal tiene de Horacio
De vil lisonja la menguada prez,
¿A qué atender la del lejano exilio
Cuando también lo mecerá Virgilio
Del humo del incienso en la embriaguez?

Adverso el hado vió Bruto en la hora
Que de su inmolación fué precursora
Arrastrado por cívica pasión;
Y aquel verde laurel que orló la frente
De Julio César, signo y precedente
Comprendió que era de imperial blasón.

Y muerta la República, vió todo
Envuelto en sangre, corrupción y lodo,
Al abismo correr hondo y fatal;
Y en tanto que su pena hiel destila,
Las huestes verá bárbaras de Atila
Del orbe en la indefensa capital.

Hizo bien en morir! La infame vida
Con la argolla servil envilecida
Del esclavo tenía él que romper;
Para un alma como era la de Bruto,
Fuera ignominia vil pagar tributo
Al que usurpaba el popular poder.

Si en el momento en que su triunfo falla
No sucumbió en el campo de batalla,

Que es de todas las muertes la mejor,
Hizo bien en librar él con sí mismo
Otra batalla heroica de civismo
Y bajar á la tumba con honor!

Surja inconsciente el que anatematice
Por sus actos á Bruto. Que analice
Del temple de las almas el nivel;
Y al recorrer la justiciera Historia,
Más noble no ha de hallar otra memoria,
Más inmortal ni pura que la de él.

¿Quién osará decir que es asesino
El que mata, si encuentra en su camino
Que, por robar, lo ataca un malhechor?
Y el tirano á quien ni un estigma falta
Y que la libertad traidor asalta
¿Acaso no es un criminal mayor?

Por el gran tribunal del mundo entero
Sentenciados, del último al primero
Hacia el suplicio los tiranos van.
Y los que el justo fallo ejecutaron
Por la Patria, cual Bruto, resonaron
Con nombres que jamás se olvidarán.

1886.

¡ADULADOR!

Meloso, suave, dulce, saluda!
Finge cariño que es un primor!
Y para elogios serviles muda
Jamás su lengua se halla. Es sin duda
Adulador!

Ante el que manda, muy complaciente
Se exhibe, y le hace cumplido loor!
Sus reverencias buscan ambiente
Para sus planes de pretendiente;
¡Qué adulador!

Su mano á un probo varón retira,
Que fué su amigo siempre el mejor,
Porque el gobierno bien no lo mira;
Y eso su ingrata conducta inspira!
¡Ah! adulador!

Con sus bajezas mucho consigue
Y da con ellas ejemplo el peor.
Para que un pobre su afán mitigue,
Cínico dícele: «Mis pasos sigue:
Sé adulador»!

¿Bajo la costra de tu indecencia
Un grito no oyes que, acusador,
Te llama á cuentas en la presencia
De tu vil arte? ¿Tienes conciencia
Tú, adulador?

¿Cómo tenerla podrías? Al alma
Da la conciencia virtud, valor,
Innato orgullo de erguida palma,
Y tú te encorvas en dócil calma,
¡Oh! adulador!

Declamatorias frases entonas
Á lo que finges tu patrio amor;
Y así tu vida de histrión coronas;
Sólo no mientes cuando blasonas
De adulador!

Sigue el camino que te has abierto;
Marcha adelante: goza favor!
Sé un instrumento sumiso y cierto,
Obra por otros, derecho ó tuerto!
Ve, adulador!

Tus actos todos de ruin perjuro
Nunca suscitan ira, rencor;
Pero entre el mundo y tú hay un muro
Que es peor que el odio: desprecio puro;
Sí, adulador!

Cuando te arrastras como un gusano
Que busca ansioso luz y calor,
Que tú te igualas con él es llano,
Y él se avergüenza de ser tu hermano!
¡Eh! adulador!

Tendrás riquezas, tendrás empleos,
Y en tu vil pecho, cruces de honor!
Que jamás pasen de ahí tus deseos,
Para tu vida no hay más trofeos:
No, adulador!

Tu gloria, insigne veste te crea
De áureos adornos, sutil color.
¿Qué más brillante que una librea?
De tu alma propio, tu traje sea.
¡Bah! adulador!

1885.

HYPATIA.

Corren furiosos, sus crucifijos
Fieros esgrimen;
Son ellos monjes alejandrinos;
Van impulsados
Por las corrientes del fanatismo.

—La niña absorta, yo no me explico
Dice, la saña
Que hoscos, airados, usáis conmigo.
¿Qué mal os hice
De mi enseñanza yo en el camino?

—Oh! tú, Hypatia! la turba dijo:
Tú, joven griega
Que en tus lecciones niegas á Cristo,
Te llega la hora
De en los infiernos hallar tu abismo.

—La niña exclama: la que yo sigo,
Filosofía,
Más pura es que alma de tierno niño;
Si así no fuere,
Sellar sabría yo el labio mío.

De sus palabras hacen ludibrio
Aquellos monjes,
Y más aguzan su fiero instinto.
La pobre mártir
Ve que desgarran ya sus vestidos.

Pudor que tiembla pone rojizo
Aquel semblante
Que las pasiones no han encendido...
—Dadme mis ropas,
Concluid si os place, después, conmigo.

—¿Qué ropas quieres, cuando ahora mismo
Tus carnes todas
Te arrancaremos, los huesos limpios
Dando á la hoguera
Antes que sean también malditos?

Aun en las ansias de su martirio,
La dulce virgen
A sus verdugos así les dijo:
Impíos frailes,
Vosotros solos odiáis á Cristo!...

1883.

EL PROSCRITO.

Pena no cabe de más cruel venganza,
Ni se inventó jamás mayor suplicio,
Que aquel que desespera y que tortura
¡Ay! al proscrito!

Sabía el duro, el implacable Sila,
Al prodigar su envenenado exilio,
Que al romano el mayor tormento daba
Si era proscrito!

Comprende el desterrado de la Patria,
La amargura mortal que inferna á Ovidio
Y por qué llora llanto tan acerbo!
¡Era un proscrito!

¿Qué no deja en la Patria el que la pierde?
Con el recuerdo de su hogar tranquilo
Se agolpan las más puras afecciones
Para el proscrito!

Y nada existe en extranjero suelo,
Que de la dulce Patria el cruel vacío
Pueda llenar en el dolor constante
¡Ay! del proscrito!

Cuando en la noche del invierno crudo
Llega el mendigo hacia su helado asilo,
La fiera á su guarida, al nido el ave,
Gime el proscrito!

¡Porque envidia esos seres! Su miseria
No les niega en la Patria un pobre abrigo;
Y de ella ni una tenue brisa viene
Hasta el proscrito!

Es extraño á lo que su vista abarca,
Y á cuanto oye en su gélido camino,
Porque nada es de lo que escucha y mira
Grato al proscrito!

La luz que radia celestial destello,
El aura que allí exhala su suspiro,
Ni hálito son ni lumbre que acaricien
Nunca al proscrito!

Si vuelan á su Patria las memorias
Que son del alma inspiración y ritmo,
Al retornar aguijan su honda pena
En el proscrito!

Si de airado enemigo la amenaza
Pone á la Patria en ansias y peligro,
Su exilio el alto honor de defenderla
Niega al proscrito!

Y en vano es ¡ay! que en su destierro aciago,
Al sentir de la muerte el postrer signo,
De la Patria un rincón para sus huesos
Pida el proscrito!

1886.

MONÓLOGO DE CORTÉS.

Monstrum nulla virtute
redemptum a vitiis.

JUVENAL.

De Vera Cruz en el candente suelo
Empieza mi famélica cruzada:
Traigo dos armas de opresión y duelo:
El crucifijo y mi sangrienta espada.

Lo que vale esa espada de asesino
Que como emblema del honor es nula,
El pobre indio lo supo en el camino
Que llevé al exterminio de Cholula.

Ya de mi brazo la pujante hazaña
He inaugurado en un glorioso día!
En honor sea de Cristo y prez de España
Mi primer colosal carnicería.

Del pueblo azteca robaré el tesoro.
Tormento y muerte á quien su hogar defienda!
Cuando no me harte del vencido el oro,
Será con mis soldados la contienda.

Á ellos también expoliaré del precio
De mis cómplices ser en mil horrores:
Cesen los viles en su alarde necio;
No amenguan mi codicia sus clamores.

En mi alma no hay un solo instinto humano;
Tranquilo en brazos de otro vi á mi amante;
Y en una orgía, presa de odio insano,
Estrangulé á mi esposa suplicante.

Consumé á hierro y fuego la conquista!
El fraile fué mi hermano en la jornada:
Y del quemado vivo, ante mi vista,
El verdugo atizó la llamarada.

No dejé piedra sobre piedra; todo
Sin piedad y con gozo yo he arrasado;
Y sobre ruinas, entre sangre y lodo,
Cien templos á mi credo he levantado.

Al mexicano sin hogar ni altares
De su vida arranqué dulce y sencilla;
Y lo vendí en las ferias populares
Como bestia, marcado en la mejilla!

De mi conciencia sé acallar el grito
En mis preces de hidalgo y de cristiano:
De la Iglesia soy yo un hijo bendito,
Y héroe sin tacha para el rey hispano.

México. D. F. 1907.

TÁCITO.

La humanidad convulsa y espantada,
La luctuosa necrópolis recorre
De los días recónditos y horribles!
Ve sanguinosos, pálidos espectros
Que surgen de la pena y la tortura
Para entenebrecer en la memoria
La lúgubre visión de lo pasado
Do rara vez su obscuridad despierta
En la aurora que rompe densas nubes.
Y si á la lobreguez la vista tiende
De los nefastos tiempos en que Roma
A los pueblos vejaba y oprimía
¿Qué podrá ver? El negro promontorio
Con que la sangre del martirio amasa
El pedestal de un túmulo gigante
Para la inmensa pavorosa tumba
Que tragaba ¡insaciable Minotauro!
Las vidas que juzgase el despotismo
De la misericordia desahuciadas.

Es la posteridad la que piadosa
Vierte ¡ay! en los anónimos sepulcros
Las lágrimas por siglos comprimidas!

Si el terror de esos tiempos se recuerda,
No se concibe el corazón humano,
Sustituído por furias infernales
Que en sus nefandas iras estremecen
La tierra en sus cimientos, retumbando
Con el eco de gritos de exterminio!!
Tal fué el imperio que incubara César,
Cuando de su ambición en el mareo,
De laurel se ciñó aquella corona
Que pagó con el precio de su vida.

De época umbrosa en que es el mundo estrecho
El dolor para ahogar que lo conmueve,
Nace potente el fúnebre anatema.
Evocador del hondo cataclismo
De la justicia y la moral proscritas,
Surge el varón á quien ninguno alcanza
En el rigor de su robusto acento:
Flagelador austero de ignominias.

Los monstruos execrables que de Roma
La libertad y la honra escarnecieron,
Y á la dominadora audaz del orbe
Hundieron en el fango y el oprobio,
Ya juzgados están. Yacen por siempre
De la vergüenza en el profundo abismo
Que la Historia para ellos ha cavado
Con mano firme y voluntad serena.
Mas si no hubiese Tácito su mente

Luminosa, y sus odios implacables
Contra el crimen atroz, puesto al servicio
De la augusta Verdad, ¿quién conociera
El ruin descenso en la romana estirpe?
¿Quién la degradación que perseguía
Como sombra ultrajante á los plebeyos,
Sin que el pretenso prócer se librase
De ser servil cual la infamada casta?

Es el cuadro tan tétrico y sombrío,
Que peligrara su color sangriento
La realidad de horripilantes líneas,
Y sólo se tomaran sus escenas
Por fantástico sueño de lo impío
En la imaginación atormentada,
Si el seguro pincel no descubriese
Que la ficción no cabe allí do impera,
Como estrella polar de un mundo ignoto,
La verdad rutilante de la Historia.

Oh! pueblo desgraciado! Preparaste
Con tu degradación el despotismo,
Cáncer devorador que así aniquila
Tanto el recuerdo de pasada gloria
Como el honor de la época presente,
Por una eternidad, borrando el rastro
Que hacia el deber los pasos encamina,
Para marcar los que al derrumbe llevan
De las instituciones, que muy pronto
No serán más que las cenizas frías

Del decoro y la fama relegados
A la tumba callada del olvido!

Humillado y contento en sus cadenas
Y en su letargo adormecido el pueblo,
No lo despierta ya el eco tonante
De la voz tribunicia del pasado.
A su vida deleite son tan sólo
Las farsas de los cínicos histriones,
Que logran siempre el popular aplauso,
O el lascivo furor de las bacantes
Desnudo el seno, la mirada incierta,
Con el cabello suelto, ebrias, tañendo
Los instrumentos que en su inmunda orgía
De la lujuria dan ritmo á la danza
En su sensual y ardiente desenfreno!

Del romano en el vicio encenagado
La única aspiración es «Pan y Circos»!
Ya en el Foro la frase no resuena
De Hortensio y de los Gracos. La lisonja
Que al que la oye pervierte y que deprava
El labio impuro de que brota artera
En pro del poderoso, ha sustituído
La voz que un día se elevó á la altura
Do se forja aquel rayo que fulmina
Con su conminación á los perversos!
Cornelia no es ejemplo á los hogares
Para formar los probos ciudadanos.
La plebe endurecida y la alta clase

Que la contempla con desdén profundo,
En iguales cadenas aherrojadas
Para olvidar su esclavitud infame
Daránse cita en la espantable arena
Do aplaudirán el bárbaro torneo
Del gladiador en sangre revolcado.

Más que las hordas que asolaron rudas
La Roma que el Imperio degradaba,
El vengador es Tácito implacable
Que la honda corrupción y villanía
De dictadores y de grey abyecta
Lanzó á la indignación del mundo entero
En sentencias que son el plomo hirviente
Que exacerba el encono de una herida
Que nunca cicatriza. El duro fallo
Dictado está por siempre. No declina
De su abominación y estigma justo
Esa posteridad que no perdona
El crimen, ni siquiera lo atenúa.
Y la voz vengadora en el espacio
Atravesando edades, desolada
Lanza de execración el grito eterno
Que por los siglos de los siglos cunde
De Tácito en las iras inmortales.

1879.

Á UNA YANKEE.

Cuán garbosa tu figura!
Qué arrogancia
En tu andar! Y qué elegancia
En tu talle y apostura!

En tu cabello ¡qué rizos
Si eres blonda!
Sin que ser morena esconda
El imán de tus hechizos!

¿Y qué decir de tus ojos,
Ora azules,
Pardos, negros?: que aun con tules
Radian amor, luz, antojos!

En el cáliz escondido
Tu pie cabe
De una rosa: harto lo sabe
Quien lo mira embebecido!

Y el candor de tu sonrisa
Que embelesa!
Es la flor que á abrir empieza
Con el beso de la brisa!

Mas nada pienso que iguale
A tu gracia;
Que es al artificio rehacia,
Y espontánea de ti sale.

Pero ese mágico emporio
Que tú ofreces
De encantos con que enardeces,
Al fin es el Purgatorio!

La igualdad nunca es tu lema!
Despotismo
Si se trata de civismo,
O es de matrimonio el tema!

Y en el conyugal consorcio,
Que se afile
Si un cuitado cae; y apile
Sumisión. Si no, divorcio!

Tu orgullo jamás tolera
Al marido
Creer que le esté permitido
Tener voluntad siquiera!

Tu altivez un trono erige
Que es un gozo!
Si no lo acata el esposo
Eso á ti poco te aflige:

Pones al rebelde asedio
    En seguida,
Y si nada lo intimida
Viene el radical remedio:

O mísero gurrumino,
    Subyugado,
O marido divorciado:
Ese es todo su destino!

Y tú en la lucha triunfante
    Buscas otro
Cuitado, que el mismo potro
Inquisitorial no espante.

Si aquél al fin se rebela,
    No hay cuidado!
Vendrá un tercer desdichado
A marcar la nueva estela!

Y si tampoco á tu grito
    Lo sometes,
Sustituirlo te prometes
Hasta dar con un bendito!

De mujer libre, tu anhelo
    No peligra!
Y da con quien te denigra
Tu revólver en el suelo!

Te acompañan los amigos
En tus viajes.
Si vas sola nunca ultrajes
Temes de tus enemigos.

Juzgas ser obra nefanda
La que niega
Los derechos por que brega
Tu constante propaganda.

Quieres completo el sufragio.
Profesiones
Ejercer, que en ocasiones
Son de tu sexo el naufragio.

Eres médica, ingeniera,
Abogada,
Aspiras á diputada
Y te encanta ser banquera!

Y le añades á tu lista
De locuras,
El furor con que te apuras
En la cuestión sufraguista.

Son tus afanes prolijos
En la calle.
Y es secundario detalle
El cuidado de los hijos.

¿Hijos dije? No los quieres,
Y es asunto
A que das con fraude punto
Si es que trabas en él vieres.

¿A do va tu fantasía?
¿Do te lleva
La insensatez de una prueba
Para tu sexo sombría?

¿Por qué es que incauta deseas
El prestigio
De tus gracias al litigio
Lanzar de opuestas ideas?

Es tu teatro hogar sereno;
Mas te agobia
Ser esposa, madre, novia,
De la familia en el seno!

Y con estandarte rojo
De anarquista,
Sigues al hombre la pista
Y es imitarlo tu antojo!

Electora en cuatro Estados!
Eso es nada!
La partida va ganada
Y serán pronto aumentados.

Es poco ser electora;
    Y el momento
Buscas de ir al Parlamento
Para en él, de senadora

O simple representante,
    Decir luego:
Quiero todo á sangre y fuego
Llevármelo por delante!

Y lo que haces del marido,
    Continuarlo
Con cuanto hay, hasta dejarlo
Todo á tu voz sometido!

Brillante es la perspectiva
    De cotorras,
Armando al hombre camorras
Por pasiva y por activa!...

Proclamando guerra airada
    Las polleras!
Y en manos de cantineras
El ejército y la armada!

El porvenir es, seguro,
    De alborotos.
Y saber los vidrios rotos
Quién pagará es algo obscuro!

A mi Patria, delirante,
Desgraciada;
Viera con mujer letrada,
Matemática, votante,

Médica con cirugía,
Y aun sin ésta:
En médicas creer me cuesta!
Ni dando la homeopatía!

Con bisturí las sabihondas
Son temibles!
Y sus estragos horribles
En sangrientas trapisondas!

Dislocaciones sociales!
Mamarrachos!
Que truecan en marimachos
Las mujeres más ideales!

Son ellas peste en el Norte,
Y al presente
Hacia el Sud del Continente
Nuevo, piden pasaporte.

Que no lo obtengan! Temido
Mal ejemplo
Ya han dado las que en el templo
De Hipócrates se han metido!

Mucho me asusta el contagio!
Cuántos males,
Si tras las profesionales
Se cuelan las del sufragio!

Washington D. C. 1910.

ÍNDICE

ÍNDICE